

ya muchísimo. Muchas familias pobres emprendían el viaje a San Martín, llevando consigo parte de su escaso ajuar y las provisiones para algunos días: dejaban su rancho encomendado a algunos amigos, y santificadas ya sus almas por los santos sacramentos - se volvían a su hogar solo cuando se les agotaban los medios de subsistencia.

La Misión tuvo digno y espléndido coronamiento con la consagración de la iglesia de San Martín el día 1º de enero por el Hno. Fr. Guist. El templo no está aun terminado, pero gracias al celo y actividad del Sr. Obispo, de los párrocos y del R. P. M. Arnaud, hábil arquitecto que ha dirigido la construcción, pronto tendrán los piadosos sanmartineros la dicha de alojar al divino prisionero de nuestros altares en preciosa y artística morada.

Restáme antes de poner fin a este torco relato, dar las gracias al Hno. señor Guist, y a los dignos hijos de Montfort, por las muchas y delicadas muestras de caridad y amor que nos prodigaron durante el tiempo que tuvimos la dicha de compartir con ellos las duras fatigas del apostolado en los llanos de San Martín.

Decimon, como se merece, el que superando toda clase de dificultades, haya llevado de Villavicencio a San Martín buena parte de su banda unicamonte para contribuir al esplendor de las fiestas de la Misión.

En la procesión de los niños, en la solemnidad de la erección de la Santa Cruz, en la consagración del templo y en otros actos, los delicados acordes de la banda elevaban nuestras almas a la región de las armonías celestiales.

¡San Martín!... al recordar tu nombre con la gigantesca imagen de tus encantadores llanos, donde la vista se recrea con ese riquísimo e interminable manto de esmeralda que te rodea; surge también la enorme silueta de la Cordillera Oriental, que se alza frente a ti para mostrarte el único término final de tus anhelos, la patria de las almas... y al abordarme que en los días de la misión viví en medio de tus hijos, como los antiguos jesuitas, para mostrarles el camino del cielo, y unir sus corazones con el Corazón de Jesús, siento palpar en mi pecho el dulce recuerdo de tu amor y de tus glorias, que mientras viva guardare con cariño en el fondo de mi alma!! José S. Restrepo S. J.